

felino; pero en balde disparamos treinta ó cuarenta tiros, pues la fiera no apareció.

Monté de nuevo á caballo; y, mientras la jauría penetraba entre los abrojos para perseguir y acosar á la pantera, yo di rápidamente la vuelta para cortar toda retirada á la fiera.

En efecto: apenas llegué al extremo opuesto, vi á la pantera peleando bravamente con la jauría. Hermoso espectáculo era contemplar á una docena de perros semiferos, acosando al felino, que, armado de poderosas garras, suelto y ágil, saltaba prodigiosamente, luchando con sus enemigos. El campo estaba sembrado ya de cadáveres, y era tiempo de terminar. Apunté friamente á la espaldilla de la pantera, y disparé. El resultado fué rápido: el animal rodó inerte por el suelo.

En el interior de Africa pocos son los cazadores que van á la caza del leopardo sin ir seguidos de perros.

Algunos cazadores indígenas arrollan en uno de sus brazos tupidas pieles, y arman su mano de acerado y largo puñal. Cuando ha fallado el tiro, ó la flecha ha herido sólo al felino, entonces se entabla una lucha cuerpo á cuerpo, y el indígena tiende á la fiera su brazo, defendido por pieles. Mientras la pantera clava sus garras en el brazo del cazador, éste hunde el puñal en el corazón de la pantera.

Un *cheik* me refería, un día, que en los alrededores de su villorrio abundaban los leopardos, y que los indígenas les provocaban á la lucha gritando, con toda la fuerza de sus pulmones: *nimmr!*

Durante su larga estancia en el país de los *bogos*, el P. Filippini de Mensa cazó numerosas panteras por medio del lazo.

En Keeren, verdadera capital del país de los *bogos*, la misión católica ha fundado un establecimiento. Al igual que los habitantes de estas montañas, los misioneros tienen, para proveer á su sustento, algunas cabezas de ganado, que encierran, todas las noches, en un pequeño establo.

Era una noche en que caía una lluvia torrencial. El venerable P. Filippini, acostado y recogido en una misera cabaña vecina al establo, oyó, en él, grande alboroto y balidos de terror, exhalados por las ovejas.

Llamó el Padre, precipitadamente, á su criado, diestro cazador, que no tardó en enviar una certera bala al leopardo que, en efecto, se había introducido en el establo.

Pero es tal la abundancia de los leopardos en algunos puntos de Africa, que los indígenas los cazan por medio de cebos y trampas. El mismo P. Filippini

cazó más de veinte leopardos por medio de unas ratoneras colosales y un buen cebo.

II

Nuestros lectores saborearán, sin duda, con placer, algunas de las narraciones de Bombonnel.

Bombonnel refiere que, tras veintiuna noches de fatigoso acecho, pudo matar la primera pantera en 26 de febrero de 1853 en Kouba.

Dice un adagio francés que el primer paso es el difícil; y nuestro cazador de panteras lo acreditó, pues son notorias sus proezas en Argel matando fieras, y señaladamente grandes leopardos.

En el mismo año 1853, una pantera causaba grandes destrozos en los alrededores de un molino situado á unos 15 kilómetros de Argel.

«Era en el mes de julio; y, á despecho del calor,—dice Bombonnel,—enderecé mis pasos hácia el sitio por donde vagaba aquella alimaña, provisto de una cabra. En balde pasé algunas noches en acecho, pues los chacales y un tiempo desapacible y tempestuoso hicieron inútiles mis esfuerzos.

El día 14 de agosto,—sigue Bombonnel,—hallábame tranquilamente reposando en mi casa, cuando entró bruscamente un árabe, y me dijo:

—Señor Bombonnel, apresuraos: la pantera ha estrangulado mi vaca en la selva de Bab-Allí.

Al oír esta noticia, corrí alborozado á equiparme y vestirme. Acababa ya, cuando, penetrando en la habitación, mi mujer me recordó que el día siguiente era la fiesta de la Asunción.

—Bombonnel, amigo mío: os ruego no salgáis á cazar en semejante día.

—Está bien, esposa,—contesté yo;—lo dejaré para otro día.

Y, dejando á un lado el fusil, dije al árabe que un negocio de grande importancia, y que había olvidado, me privaba en aquel día de acompañarle; pero que acudiría en breve á libertarle de la pantera.

Dos horas después hallé otros dos árabes en la calle de Bab-el-Oued, que me buscaban por idéntico motivo.

—No puede ser; lo siento mucho,—les dije.

Pero, como insistieran, añadí al fin:

—Mañana se celebra una gran fiesta de nuestra religión. Dios nos ha dado días para trabajar, y otros para el reposo y servirle y reverenciarle. Es necesario, pues,



Caza de la pantera. (Según un croquis del teniente Gिंगembre.)

respetar su voluntad. Pasado mañana estaré á vuestra disposición; y, para no perder tiempo, procurad tener noticias precisas acerca del sitio donde se halle la fiera.

El 16 partí de Argel con el coche que se dirige á Blidah; y el mismo día, á las ocho de la noche, llegué al café moro de Bab-Ali.

El tiempo era magnífico, la Luna brillaba espléndidamente en el firmamento, y resolví partir sin dilación. Pedí una cabra, y, seguido de media docena de árabes, penetré en el bosque.

Seguimos los senderos tortuosos y estrechos abiertos por las fieras. Al llegar á un claro, los árabes me dijeron:

—Aquí estarás á maravilla.

El sitio, en efecto, era bueno: era una plaza grande y espaciosa. Mojé el dedo para averiguar la dirección del viento, y me aposté dándole la espalda.

Mandé atar la cabra á unos 5 metros de distancia, y coloqué delante de mí algunas ramas para ocultarme.

Sentéme, clavado el cuchillo en tierra y al alcance de mi mano, y con el fusil apoyado en un palo en cruz. La Luna iba levantándose majestuosamente en el horizonte; pero no había aún aparecido á mi vista, pues la ocultaba el bosque.

Despedí á los árabes, que me dejaron provisiones de galletas, huevos duros, higos, uvas y dátiles; y me dieron las buenas noches, ofreciendo rogar por mi salud.

La cabra no tardó en dejar oír sus balidos. Acudieron varios chacales, que logré poner en fuga.

Eran las diez, y la Luna se dibujaba en el cielo pura y nítida, bañando con sus hermosos reflejos el claro del bosque.

Los balidos de la cabra se trocaron en fuertes y lastimeros, y oí sus estremecimientos nerviosos. Era indudable que su instinto le revelaba la existencia de un gran peligro.

Con la mayor precaución volví el cuerpo y dirigí los ojos hacia el bosque; y vi entre el follaje dos pupilas, ardientes é inmóviles.

Conteniendo la respiración, flagelado el rostro por mosquitos, que no osaba entónces apartar, apunté. El cañón de mi arma brillaba con refulgentes matices. Los ojos misteriosos apagaron su luz; oí el ligero roce de un cuerpo, sobre las ramas, que se acercaba.

No veía nada, y abrigaba ya algún temor, cuando de repente volví á ver la extraña mirada, que parecía tocar el extremo del fusil.

Disparé, y vi encabritarse una especie de masa, á guisa de un pequeño caballo que se encabrita. Era la

pantera. Disparé segunda vez, y la bala tocó al pecho de la fiera, que cayó de espalda á unos 8 metros.

Di un salto hacia atrás, temeroso de un ataque; pero fué inútil, porque la fiera estaba muerta. Era una hembra bastante desarrollada, midiendo, de la nariz al extremo de la cola, 2'85 metros. La primera bala con punta de acero había penetrado por el ojo derecho, y la segunda el corazón y los pulmones.

Eran las diez y cuarto. No resignándome á continuar inútilmente en acecho durante toda la noche, resolví aprovechar la grata temperatura y la luna para regresar á Argel.

Maté á la cabra para que con sus quejidos no atrajera á los chacales, y cubrí de ramaje el cadáver de la pantera.

En otra ocasión,—cuenta también Bombonnel,—me paseaba por la calle de Isly, de Argel, cuando noté un árabe vestido pobremente, pero de extraña y pintoresca manera.

Era un indígena de las montañas de la Kabylie. Me acerqué á él, le llevé al café, ávido de noticias de su país, y cuando supo que era cazador de panteras dijo:

—¿Por qué no vais á mi montaña? Allí abundan de un modo prodigioso las panteras.

—Estoy pronto á seguirlos,—dije yo.

En efecto: partimos al día siguiente.

Llegados al país, el árabe me presentó á los de su tribu, que me examinaron con curiosidad. Me dieron una pésima comida, pero me consolaba la idea de que no tardaría en cazar alguna buena pieza.

Por fin, provisto de una cabra y un cabrito, me condujeron á un barranco, árido, seco, y cerca del cual había escasos matorrales.

Escogí un lentisco, tras el cual me aposté después de haber colocado el cebo. Despedí á los árabes, recomendándoles viniesen á buscarme al alborar.

La cabra y el cabrito no tardaron en entonar un ruidoso dúo. Pasé la noche, sin otra novedad que ver revolotear una águila muy grande sobre la cabra.

Amaneció, y los árabes me aseguraron que la fiera rondaba por aquella comarca, y que podría cazarla. Tres noches pasé inútilmente: á la cuarta, serían las dos de la mañana, cuando noté en la cabra y el cabrito señales inequívocas de terror. La Luna alumbraba soberbiamente.

Volví el rostro, y vi á una sombra que se acercaba cautelosamente y arrastrándose.

Era una pantera. Rápido como el rayo, el felino se lanzó sobre la cabra. Imposible es imaginar mayor rapidez: el vuelo del pájaro y de la flecha son compa-

raciones que dan pálida idea de aquel salto maravilloso.

¡Extraño espectáculo! La pantera jugaba con la cabra como el gato con el ratón, cogiéndola y dejándola. Apunté, al fin, y disparé.

Apenas el humo se había disipado, vi á la pantera que se lanzaba sobre el matorral; pero, por fortuna,

sin verme aún. Rodó el felino en el fondo del barranco.

Nada más oí. Preparado el fusil, el ojo y el oído alerta, sondeé las profundidades del barranco.

Por fin, amaneció. Acudieron los árabes, y les conté lo que había pasado. Echamos piedras al fondo del barranco; los ecos repercutieron los misteriosos ruidos



El leopardo y su presa

del choque y caídas de las piedras; pero nada averiguamos.

Prometí una buena recompensa al árabe que me entregase el cuerpo de la pantera: quince días después uno de aquellos indígenas me entregó una pata, armada de poderosas garras, pero roída, en gran parte, por los gusanos.

En el mes de diciembre de 1885 recibí de un antiguo colono francés la siguiente carta:

«Tengo el honor de participar al Sr. Bombonnel que ayer una pantera ha devorado uno de mis jumentos, y que esta mañana ha sido vista por el criado, que ha ido en busca del jumento. Os aguardamos, pues, con impaciencia.

Miércoles 5 diciembre, en Koleah.

Ozanne.»